

# LA SOMBRA DEL PASADO

Dos generaciones marcadas por el rencor.  
Un oscuro secreto en el corazón de una tragedia.

LULU TAYLOR

  
ESPASA

LULU TAYLOR

LA SOMBRA DEL PASADO

Traducción de Aleix Montoto



Título original: *A Midwinter Promise*

© Lulu Taylor, 2019

© por la traducción, Aleix Montoto, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: octubre de 2021

ISBN: 978-84-670-6399-8

Depósito legal: B. 12.535-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint

*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# Capítulo uno

—¡Hola, queridas! ¡Veamos cómo estáis progresando!

Al tirar del interruptor colgante, Alex notó el áspero tacto de las telas de araña en las yemas de los dedos y una mohosa luz amarillenta iluminó de golpe el secadero. Pudo ver entonces las incontables hileras de ramos de flores que colgaban de las vigas del desván: cientos de cabezuelas formadas por diminutos pétalos de colores rojo, púrpura, rosa, amarillo, naranja y blanco, suspendidas bocabajo sobre el suelo polvoriento. Habían sido cuidadosamente seleccionadas, atadas y colgadas en verano, cuando los vívidos colores de sus pétalos resplandecían con intensidad. Ahora estaban algo desvaídas, más quebradizas que flexibles, y sus tallos se habían secado y ahuecado. Pero todavía eran hermosas.

—¡Oooh! ¡Tenéis un aspecto maravilloso!

Cogió un ramo de la viga más cercana para inspeccionarlo. La sedosa suavidad de las pequeñas flores estrelladas, como crisantemos en miniatura de color amarillo, naranja y magenta, había dado paso a una marchita sequedad. La falta de luz del sol había mantenido intactos la mayoría de los colores; los más oscuros habían perdido cierta pigmentación, pero su color resucitaría al colocar entre esas flores otras blancas que destacaran sus ricas tonalidades, y, gracias al cuidado con el que Alex manipulaba las flores, la mayoría de los pétalos seguían intactos.

«Excelente. No hay duda de que valdrán para hacer adornos colgantes.»

Echó un vistazo a su alrededor para inspeccionar sus provisiones. De las demás vigas colgaban montones de flores: los pompones blancos y amarillos que recibían el nombre de *craspedia*; las alargadas espuelas de caballero de colores púrpura, lila y beis; grandes manojos de aromática lavanda; las hortensias y sus trémulas cabezuelas de color verde pálido y rosa suave; arañuelas, malvas, rosas, velos de novia, pies de león. Lo poético de sus nombres era suficiente para hacer que amara las flores, incluso sin contar con su delicada belleza reseca y su reminiscencia casi melancólica de un verano ya pasado.

Descolgó media docena de ramos, los llevó a la planta baja y se dirigió al cobertizo en el que trabajaba, donde una larga mesa de madera estaba esperándola. Empezó a coger sus utensilios de la hilera de maltrechos armarios de roble que ocupaban una de las paredes del cobertizo —espuma floral, alambres, tijeras, lazos, pegamento— y se recordó a sí misma que debía encargarse más. Además de abastecer sus existencias habituales, había prometido suministrar a unos grandes almacenes de Londres suficientes adornos colgantes para todos sus escaparates navideños, lo cual supondría un enorme impulso al negocio. Tras los esfuerzos de todos esos años, resultaba excitante la sensación de que por fin estaba comenzando a llegar a algún lugar.

El cobertizo era el lugar en el que Alex se sentía más relajada, y ese día se sumergió rápidamente en su trabajo. Cogió las cabezuelas secas del helicriso, las recortó, ajustó sus tallos con alambre y las colocó luego en las esferas de espuma que las sostendrían en su sitio. El trabajo era repetitivo pero absorbente, simple pero creativo, y resultaba satisfactorio ver cómo el adorno colgante empezaba a tomar forma. Al poco, ya tenía varios de colores ciruela, rosa y rojo, todos atados con lazo verde y listos para colgar.

«Qué bonitos son.»

De repente, le vino a la mente una imagen de mamá en

lo alto de una escalera de mano, con el ceño fruncido y la lengua entre los dientes al tiempo que extendía los brazos para colgar un adorno de color amarillo canario en las ramas más altas del gran árbol de Navidad que ocupaba un lugar de honor en el vestíbulo de Tawray.

—¡Ya está! —había exclamado encantada cuando por fin lo hubo colocado en su sitio—. ¿No tiene un aspecto fabuloso?

Lo tenía. Alex levantó la mirada hacia el enorme árbol con su espectacular muestrario de adornos florales en decenas de espléndidos colores.

—Maravilloso —murmuró.

—¿Quién tiene la estrella?

Alex subió corriendo la escalera y, asomándose por encima de la barandilla, le dio la estrella a mamá para que la pusiera en lo alto. La había ayudado a hacerla doblando perchas que luego habían rellenado con espuma y adornado con decenas de diminutas margaritas secas. Mamá le había dejado incluso rociarla con pintura en aerosol. La nube plateada había empapado los pétalos proporcionándoles un satisfactorio acabado metálico.

—¡Aquí tienes!

—Gracias, angelito. —Mamá cogió la estrella y, frunciendo el ceño y mordiéndose la lengua un poco más, consiguió colocarla en lo alto del árbol—. Un poco torcida —dijo con los ojos entrecerrados. Llevaba el pelo recogido en un desgreñado moño sujeto con un lápiz y un trozo de alambre de florista y se apartó los mechones sueltos de los ojos—. ¡Pero nadie se dará cuenta! ¡Venga, vamos a colgar los festones!

Esa era la parte favorita de Alex. El árbol tenía un aspecto fantástico, por supuesto, pero los festones tenían algo que entroncaba con festividades antiguas y Navidades pasadas. Los hacía mamá hilando las alegres flores veraniegas en madejas de hiedra verde oscuro en las que también



colocaba acebo, barbas de capuchino y todo tipo de follaje pagano para acompañar la delicada belleza de los pétalos. A Alex los que más le gustaban eran los azules —hechos con acianos, arañuelas y espuelas de caballero— y, después, los que parecían terciopelo púrpura, hechos con rosas, eléboro y tulipanes oscuros. Pero eran todos preciosos, ¿cómo podía elegir un favorito? Mamá cogía las cintas de flores y las disponía fastuosamente en las repisas de las chimeneas, envolvía con ellas los gruesos cirios de cera, las colgaba de los marcos dorados de los cuadros de los salones y alrededor de los espejos y distribuía un poco a lo largo de la barandilla de la escalera de roble. Llegaba incluso a decorar los cuellos de las armaduras con algunas guirnaldas y les ponía coronas de laurel en los cascos.

—¡Ya está, sir Rupert! —decía, dándole unas palmaditas en el trasero—. Feliz Navidad. —Y le guiñaba un ojo a Alex—. No debemos olvidarnos de ellos —indicaba con total seriedad, y Alex soltaba una risita.

Todos los años de la infancia temprana de Alex fueron iguales: se sacaban las flores secas cuidadosamente recogidas en verano y, tras horas de meticulosa construcción, se colocaban los adornos florales. Cuando aparecían, significaba que la Navidad ya se acercaba. Luego, la casa se abría a los visitantes que venían a admirar las flores. Cuando fue lo bastante mayor, Alex ganaba unas pocas libras ayudando a servir el té en el invernadero de naranjos, y ganaba todavía más en propinas. Johnnie, por su parte, conseguía dinero lavando todas las tazas y los pegajosos platillos repletos de migas de pastel.

El recuerdo hizo sonreír a Alex.

«Pero luego, lo de las flores terminó.»

Después del fallecimiento de mamá, no hubo nadie que se encargara de las decoraciones. Las flores se marchitaban en los jardines, se volvían marrones y se pudrían. Alex era demasiado joven. A nadie más parecía interesarle.

«A Sally desde luego no. Probablemente se alegró de que ya no tuviera lugar ese follón que dejaba el suelo lleno de hojas y pétalos. A ella siempre le han gustado las cosas limpias y ordenadas.»

A los dieciocho años, mientras languidecía después de una temporada de exámenes, Alex sintió la repentina necesidad de recoger la cosecha de flores de los jardines y los campos de Tawray y dejar que se secan tal y como hacía su madre. Al llegar el otoño, aprendió por su cuenta a poner los adornos a la vieja usanza, y volvió a comenzar la tradición. De forma más modesta, claro, pues Sally nunca permitiría que se hiciera a la misma escala, pero al menos abrieron las puertas de la casa una tarde para que la gente pudiera ver las flores en todo su esplendor. Y ella había encontrado su vocación.

Alex se dio cuenta de que se le habían entumecido los dedos; el calefactor de gas del cobertizo carecía de la potencia necesaria para contrarrestar el frío de la tarde. Colocó cuidadosamente los adornos terminados en cajas forradas de papel de seda, las almacenó y guardó las herramientas. En cuanto hubo terminado, salió, cerró la puerta con llave y cruzó el patio en dirección al granero que ahora era su casa. A medio camino se detuvo y respiró hondo, aspirando el intenso frescor del otoño con placer y sintiéndose renacer. El perezoso calor del verano ya había quedado atrás y las hojas estaban empezando a cambiar de color. En los árboles del parque que se extendía entre donde se encontraba y Tawray ya se atisbaban tonos cobrizos y castaños. Se quedó mirando la elegante casa enclavada en medio de la vegetación. Espirales de niebla vespertina envolvían como un velo las torrecillas del tejado.

La ventaja de no vivir ahora ahí era poder verla así, algo que era imposible cuando habitaba en ella.



—Espléndida Tawray —murmuró.

Era extraño querer tanto un lugar, sentirse parte de él de este modo, como si su carácter y su esencia recorrieran su torrente sanguíneo, alimentando sus células y nutriéndola a un nivel vital. Quizá esa era la razón por la que nunca había sido capaz de marcharse como los demás. Todos se habían ido a alguna otra parte, en busca de trabajo o a estudiar, y habían encontrado otros sitios a los que pertenecer. Ella en cambio siempre había permanecido ahí, atada a ese lugar con las invisibles cuerdas del amor y la nostalgia.

«Y de la pérdida.»

Mientras contemplaba la casa vieja sintió una punzada de dolor: estaba allí y, sin embargo, ya no era suya. Otras personas poseían ahora su belleza, su solidez y el pasado que albergaban sus paredes. Otras personas disfrutaban de las vistas de los jardines, los bosques, los acantilados y el mar. Otras personas paseaban junto al lago, el viejo árbol de la orilla y el embarcadero cubierto...

«Pero Sally quería desprenderse de ella, y eso es lo que ha ocurrido. Sally siempre consigue lo que quiere, sin importar lo que sintamos los demás. Así son las cosas.»

Alex reanudó el paso, tiritando ligeramente a causa del aire frío de la tarde.

—Bueno, ahora ya no tiene sentido darle más vueltas. Tawray se ha vendido. No puede hacerse nada al respecto —dijo en voz alta para otorgar firmeza a su resolución—. E imagino que a los nuevos propietarios tampoco les interesarán las flores.

Hacía años que su familia no vivía en la casa. Mucho antes de venderla, Sally había declarado que era demasiado grande para ella y papá, dado que sus hijos ya eran adultos y se habían marchado. Eso tenía sentido. Alex veía claro que dos personas pululando por una casa de esas dimensiones no era lo ideal. Así pues, se la alquilaron al co-

mandante Reynolds y a su esposa, lady Clare, con sus cuatro hijos adolescentes (que rápidamente crecieron, se marcharon y, al parecer, comenzaron a producir nietos casi de inmediato). Y estos quisieron que Alex siguiera haciendo las decoraciones florales.

—Es una de las principales razones por las que queríamos alquilar Tawray —le había dicho lady Clare—. Solíamos venir a ver todas esas flores maravillosas en Navidad. No nos imaginamos el lugar sin ellas.

Alex se había sentido conmovida y profundamente feliz de poder seguir con la tradición de mamá. De que no terminara aunque ya no viviera en Tawray.

Contempló la casa, con sus chimeneas y torrecillas. «Pero ahora no tengo ni idea de si los nuevos propietarios querrán que continúe. Quién sabe si conocen siquiera la existencia de la tradición. A veces tengo la sensación de que me he pasado toda la vida luchando por mantener con vida algo de mi pasado mientras todos los demás están decididos a pasar página.» Suspiró.

Alex estaba pelando patatas para hacer puré cuando oyó que abrían la puerta y luego el clamor de las voces y los pasos de las niñas.

—¡Ya estamos de vuelta! —exclamó Di, y entró en la cocina con varias bolsas de libros y el estuche de un instrumento musical en las manos—. Huele bien.

—Estoy preparando un guiso. ¿Dónde están las niñas?

—¿Dónde van a estar? —Di puso los ojos en blanco—. Delante de la tele, sin haberse quitado siquiera los abrigos. Se han portado muy bien. No han dado ningún problema.

—Gracias, Di. —Alex sonrió. Tenían un buen acuerdo para repartirse el cuidado de las niñas de forma que ambas pudieran disfrutar de un par de días laborables libres a la semana. Como las hijas de Di tenían la misma edad que

Scarlett y Jasmine e iban a los mismos cursos en la escuela, la cosa funcionaba a la perfección—. ¿Té?

—No te diré que no. —Di se sentó en una silla—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, bien. —Alex encendió el hervidor—. Como siempre. Intentando mantener el equilibrio.

—¿Cómo está Tim? ¿Tenías razón? ¿Se ha echado una nueva novia?

—Sí, lo confirmó el otro día. —Alex puso los ojos en blanco—. Tal y como yo había predicho.

—Ya ves, lo tenías clarísimo. —Di se la quedó mirando con cautela—. ¿Y cómo te sientes?

Alex cortó otra patata y metió los trozos en la cazuela que estaba al fuego.

—Bien, supongo. Tenía que pasar tarde o temprano. Ya se había registrado en *apps* de citas antes incluso de haberse marchado de casa. En cualquier caso, fui yo quien rompió, así que tampoco puedo enfadarme si ahora está con otra.

Recordó cómo Tim solía indignarse cuando ella le decía que encontraría a otra chica.

—¡Ni hablar! —declaraba—. Ya no quiero saber nada de relaciones. El fracaso de la nuestra me ha dejado destrozado. Dudo que encuentre a nadie más. Se terminó.

—Tendrás una novia en menos de seis meses, te lo garantizo —había contestado ella con firmeza—. Y, probablemente, en un año y medio volverás a estar casado.

Él se había limitado a resoplar. Ella lo había echado a perder, eso era lo que estaba insinuando Tim. Ahora era un hombre deshecho. ¿Qué le quedaba para ofrecer cuando se había entregado por completo a ella?

—¡Pues tú deberías hacer lo mismo! —declaró Di—. Deberías encontrar a otra persona. O, por qué no, divertirte un poco. Te lo mereces.

—Mmm... Tal vez. No sé si estoy lista. Todavía estoy re-

cuperándome del tema relaciones. Tim se marchó de casa hace apenas seis meses. Aún estamos acordando los términos del divorcio.

—Sí, pero seamos honestas. Por lo que has dicho, la cosa hacía tiempo que se había terminado.

Alex asintió. El hervidor de agua llegó al punto de ebullición y se paró solo. Ella lo cogió para preparar el té.

—Así es. Nos casamos demasiado rápido y demasiado jóvenes, antes de que hubiéramos podido conocernos el uno al otro o a nosotros mismos. No era consciente de lo distintos que éramos.

Di asintió comprensivamente.

—Al menos lo has descubierto ahora, cuando aún tenéis tiempo de comenzar de nuevo. Los dos habéis sido muy maduros, estoy segura de que no tendrás ningún problema con su nueva pareja.

—Desde luego. —Alex sonrió al tiempo que le ofrecía a Di una taza humeante de té—. No me importa que esté con ella. De verdad.

En el fondo, sin embargo, no le resultaba tan indiferente. Sentía cierta amargura al pensar en Tim con otra mujer. «¿Estoy celosa?» Consultó su corazón. No, no era eso. No quería volver con Tim y, aunque sentía cariño por él, hacía mucho tiempo que había dejado de quererle como marido.

«No deberíamos habernos casado. Estaba tan desesperada por encontrar un hogar y sentirme amada que no me di cuenta de que Tim no era la persona adecuada para mí.»

Las razones por las que anhelaba tanto un lugar en el que sentirse segura resultaban demasiado dolorosas para reflexionar sobre ellas, así que descartó ese pensamiento.

«No estoy celosa de la nueva novia. Simplemente me entristece que mi relación con Tim acabara así.»

Sí, era eso. Era algo natural, ¿no? Al fin y al cabo, había intentado durante años que la cosa funcionara por el bien de Scarlett y Jasmine. Eran muy pequeñas, solo tenían siete

y cinco años, y merecían que su madre hiciera todo lo que estuviera en su mano para mantener unida a la familia. Pero las fisuras entre Tim y ella fueron haciéndose cada vez más grandes y, con ello, la infelicidad cada vez más profunda. Sus personalidades eran muy distintas, y cuando la pasión inicial se hubo disipado, ambos se encontraron con un desconocido al lado. Eso dio paso a un resentimiento y luego a una hostilidad soterrada que les amargaba la vida. Cuando Tim se marchó para realizar un largo viaje a Estados Unidos, fue imposible no notar la diferencia. En su ausencia, se hizo la calma en casa. Daba la sensación de que se podía respirar al fin, como si hubieran abierto las ventanas y las puertas de par en par y entrara aire fresco. Al principio, Alex se sintió culpable, como si creyera que debía esforzarse más en aceptar a Tim y todo lo que él quería y dejar de lado sus propios deseos y necesidades para que la vida en casa pudiera ser así de tranquila y placentera cuando él estuviera presente. Pero en realidad sabía que eso era imposible.

Cuando Tim regresó y ella le comunicó su decisión, él reaccionó tal y como ella había esperado que lo hiciera: sintiéndose herido y ofendido y negándose a escucharla o a hablar con ella con seriedad y sensatez. No mostró pesar o tristeza por el final de su matrimonio, solo indignación por ser «expulsado de su casa», según sus propias palabras. Ella vio cómo hacía las maletas y deseó que por una vez pudiera actuar como un adulto. Le habría gustado sentarse y hablar con él, discutir con serenidad lo que había ido mal. ¿No podían tratarse con aceptación y amor al tiempo que admitían que la cosa no había funcionado? Aunque, claro, el Tim con el que habría podido hacer eso habría sido alguien con quien querría seguir casada.

Al final, sin embargo, él se tranquilizó y llevaron la separación lo mejor que pudieron, teniendo en cuenta que había dos niñas pequeñas en medio, dos seres que los uni-

rían durante el resto de sus vidas y a las que debían la mayor de las consideraciones. Pensar en Scarlett y Jasmine la había ayudado a mantener la entereza cuando se planteaba tomar alguna decisión drástica o enzarzarse con Tim de un modo que probablemente habría imposibilitado toda futura relación entre ambos.

«Y ahora me siento más feliz, a pesar del dolor de la separación. Y Tim también. Es lo mejor para todos.»

—Las niñas parecen contentas —le dijo a Di al tiempo que se sentaba delante de ella con su propia taza, dejando que las patatas hirvieran en su espuma almidonada—. Y eso es lo importante. Por ahora, esa es mi única preocupación.

—En algún momento también tendrás que pensar en ti misma —señaló Di por encima del borde de su taza—. Tu historia no termina aquí.

Alex sonrió.

—Tal vez. Pero aún no estoy lista para comenzar el siguiente capítulo.

Alex estaba recogiendo los platos de la cena mientras las niñas veían la televisión ataviadas con sus pijamas cuando sonó el móvil. Ella contestó con curiosidad; su madrastra rara vez hacía llamadas sociales.

—¿Sally?

—Alexandra, se trata de tu padre. Está en el hospital. —A Sally se le quebró la voz y carraspeó—. Ha sufrido un ataque cerebral. Será mejor que vengas lo antes posible.

Aturdida, Alex notó que el corazón le latía con fuerza y las manos comenzaban a temblarle.

—¿Cómo está? —dijo con la respiración entrecortada.

—Mal. Pero de momento se encuentra estable. ¿Puedes avisar a tu hermano, por favor?

—¿Estás con papá?



—Claro.

—¿Cuándo ha pasado?

—Anoche.

—¿Anoche? —contestó con estupefacción, apenas capaz de creer lo que oía.

—No tenía sentido molestaros a no ser que se tratara de algo serio. Al principio parecía estar bien. Pero hoy ha sufrido otro ataque y...

Alex cerró los ojos. ¿Era esto lo que había estado temiendo durante tantos años? ¿Que después de todo este tiempo Sally consiguiera finalmente mantenerla alejada de su padre justo cuando más importante era estar a su lado?

—Ahora mismo voy —dijo ella.

—Avisarás a Johnnie, ¿verdad?

—Claro que sí. —Y colgó.